

CIRCOS GRIEGOS, ROMANOS Y CIRCOS ESPAÑOLES

AURIGAS Y TOREROS

DIOCLES EL AURIGA EXTREMEÑO MÁS FAMOSO

(Continuación).



Los cocheros que corrían en el circo con sus coches, se llamaban *Agitatores*, *Aurigas*, *Aurigatores* ó *Cuadrigarios*, todas voces sinónimas.

En Palestrina, antigua *Praeneste*, cerca de Roma, dice Masdeu, en el tomo octavo de sus ilustraciones á la Historia crítica de España, pareció la siguiente inscripción que señala con el número 957.

CAIO APPVLEIO·DIOCLI
AGITATORI·PRIMO
FACT·RVSSAT·
NATIONE·HISPANO
FORTVNAE·PRIMIGENIAE
D· D·
CAIVS APPVLEIVS NIMPHIDIANVS·
ET·NIMPHIDIA
FILII

El mismo Masdeu da á conocer otra que se hallaba en Osimo de Italia, relativa al mismo Cayo Apuleyo Diocles, en que se aclara y amplía el contenido de la número 957 y la señala con el número 958.

C· APVLEIVS· DIOCLES
AGITATOR· FACTIONIS· RVSATAE
HISPANVS LUSITANVS
AN· XXXXII· M· VII· D· XVI·
AGITAVIT· IN· FACTIONE· ALB·
ACILIO· AVIOLA
ET· CORNELIO· PANSA
COS·

Una y otra se refieren al célebre auriga español lusitano; la primera es una memoria que le pusieron sus hijos dedicándola á la *Fortuna Primigenia*, divinidad de los romanos, á quien particularmente se daba culto en la antigua *Praeneste*.

Comenta Masdeu esta última, diciendo que las palabras *Agitavit in factione alba, in faactione prasina*, no pueden significar como parece á primera vista, que Diocles concurriese á los juegos vestido de color de aquellas Facciones; pues siendo él agitador de la facción roja, no es creíble que se presentara con los colores de las otras.

Cayo Apuleyo Diocles ¿nació en Laconimurgo?

Si hubiéramos de creer á los falsos cronicones y principalmente al de Destro, no cabe dudarlo, pues dice en el año 120: *Diocles Agitator Lusitanus ex opido Laconimurgi prope Caparam mirabilium agitationum operatione floret*. Pero Julio Flavio Destro prefecto del pretorio en tiempo del gran Teodosio, obispo de Barcelona, que mereció por su virtud y su saber que San Jerónimo le dedicase su Tratado de los escritores eclesiásticos, fué autor de una Historia general que, habiéndose perdido, los sabios falsarios publicaron cronicones bajo su nombre, en que fingieron santos y milagros mucho mejor que sus secuaces Tamayo Salazar, Tamayo de Vargas, el Padre Román de la Higuera y otros que, como ya habrán visto los lectores de esta REVISTA DE EXTREMADURA, crearon la falsa Ambracia Vettona, llamaron al río *Ambrum* Ambroz, para probar con fray Alonso Fernández en sus Anales de Plasencia que esta ciudad fué Ambracia, y que en esta falsa Ambracia fué martirizado su obispo San Epitacio y otras falsedades acogidas por algunos historiadores respetables. Pero considerando que los buenos falsificadores tienen que ser muy inteligentes en aquello que falsifican y que los Falsos Cronicones son como los muladares en que se encuentran todo lo bueno, lo malo y falso, barrido en las poblaciones; á veces oro, perlas y diamantes; podremos utilizarlos para la historia si acertamos á escoger lo útil y verdadero.

El que hubo un Laconimurgo cerca de Cáparra, lo fundan en la graduación que hizo Tolomeo: «Laconimurgo 8,20 :: 40,45=Cáparra 8,30 :: 41» pues estando el lugarejo cinco minutos más al Norte y diez más á Oriente, que la ciudad, no le bullirían mucho los sesos al inventor, para afirmar con Tolomeo que Laconimurgo estaba cerca de Cáparra.

¿En qué sitio estaba Laconimurgo?

Correspondiendo á cada minuto treinta y tres céntimos de legua de las de veinte al grado, estará el sitio una legua y tres cuartos esca-

sos más al Norte y tres y cuarto al Oriente de Cáparra; graduación que, tomándola como verdadera, coincide con un lago artificial ó pantano romano, inmediato á la estación del ferrocarril de Plasencia á Astorga, Segura y Casas del Monte, cuyas aguas surtían por un conducto de barro un depósito interior de una villa ó granja romana próxima, que ha dado nombre á la dehesa del obispo de Plasencia llamada hoy la Granjuela. Las ruinas de esta suntuosa villa son de gran extensión; la casa principal tenía catorce metros de lado por el doble de largo poco más ó menos, y las paredes del piso bajo sobresalen ahora del terreno por algunas partes dos ó tres metros, especialmente en la parte en que estaba el depósito de agua debajo del local de las efigies de cera de los antepasados del dueño de la granja. Por delante tenía un gran patio formado por las estancias de los esclavos y de los animales destinados á la agricultura, así como también las bodegas y depósitos de productos. Este patio ó vestíbulo, está al Poniente de la casa y siguiendo este rumbo hacia el pueblo Zarza de Granadilla, está primero la carretera de Castilla y luego la Calzada romana llamada de la Plata. La carretera atraviesa un extenso despoblado romano por la mitad, cuya parte oriental llega hasta muy cerca de las ruinas de la granja. En todo el despoblado se ven muchas cimentaciones de casas y muchos fragmentos de tejas romanas planas con rebordes. En este despoblado y el de la granja, se han encontrado bastantes objetos de uso de los romanos.

¿Sería este despoblado el en que nació Diocles más de cien años después de la construcción de Cáparra y sus edificios y los circos de Mérida?

Es muy posible, pues ni Lagunilla, ni las Lagunas del Duque, llamadas del Trampal, en la provincia de Avila, á la izquierda del Puerto de Tornavacas, pueden convenirle por razón de la asonancia del nombre; porque se oponen sus malas condiciones para el uso de carros, que pudiera despertar la afición á ellos de Diocles, y el no convenirles la graduación de Tolomeo como conviene al despoblado de la dehesa Granjuela, poco distante de Cáparra, ciudad en donde se conoce hubo circos que pudo frecuentar Diocles y ver los juegos circenses durante su adolescencia.

En estas conjeturas fundo que Diocles fué Vettón, extremeño; no sólo en la afirmación de los falsos cronicones, si bien, como he dicho, en ellos se encuentran revueltas las verdades con las ficciones. El lector puede darle á esto el valor que le parezca pueda tener, yo vuelvo á buscar datos en los escritos ilustrativos de Masdeu, no bastantes

conocidos por los españoles que buscan su instrucción en los libros de autores extranjeros. Nos da nuestro autor, meritísimo historiador y anticuario, noticia de una inscripción que hubo en Roma, cuyo contenido puede calificarse de biografía de Diocles, la cual señala con el número 959.

§. I.

(C· APU)LEIVS· DIOCLES
 AGITATOR
 FACTIONIS· RVSATAE
 (NATIONE)
 HISPANVS· LVSITANVS
 ANNORVM· XXXXII·
 MFNS· VII· D· XXIII·

El mármol en que está es de ocho pies de largo y cuatro de ancho. Difiere este principio de la inscripción de el de la núm. 958 en el número de días. Dice que «Cayo Apuleyo Diocles, agitator de la Facción roja, español de la provincia Lusitana murió de cuarenta y dos años, siete meses y veintitres días.» En donde la piedra está rota, añade Masdeu entre paréntesis, lo que le parece le falta y divide la inscripción en párrafos para mayor comodidad de los lectores, y si el lector la quiere más grande siga decorrido la traducción de las inscripciones.

§. II.

(PRI)MVM· AGITAVIT
 IN· FACTIONE· ALBA·
 ACILIO· AVIOLA
 ET· CORNELIO PANSÁ· (COS·)
 (PRIMV)M· VICIT
 IN· FACTIONE· RADEM
 M· ACILIO· GLABRIONE
 C· BELLICIO· TORQVATO· (COS·)
 (P)RIMVN· AGITAVIT
 IN· FACTIONE· PRASINA
 TORQVATO· ASPRENATE II·
 ET· ANNIO· LIBONE· (COS·)
 PRIMVN· VICIT
 (IN· FACTION)E· RVSSATA
 LAENATE· PONTIANO
 ET· ANNIO· RVFINO· (COS·)

Corrió la primera vez en juegos promovidos por la facción blanca, siendo cónsules Marco Acilio Aviola y Cayo Cornelio Pansa, (por los años de Cristo 122, imperando Adriano. Venció el primer premio en juegos de la misma facción blanca, siendo cónsules Manno Acilio Glabrión y Cayo Belicio Torcuato (año 124). Corrió la primera vez en juegos promovidos por la facción verde, cuando Torcuato Asprenas obtenía el segundo consulado en compañía de Annio Libón (en el año 128) Venció el primer premio en juegos de la facción roja, siendo cónsules Lenas Ponciano y Annio Rufino (por los años 131, continuando Adriano en el imperio.)

§ III.

SVMMA QVADRIGA
AGITAVIT
ANNIS XXIII

«Se ejercitó con cuadrigas en el circo 24 años.» Se deduce que empezó á correr á los 18 años de edad; pues diez y ocho que tenía entonces y veinticuatro de ejercicio, forman la suma de cuarenta y dos, que son los años de su vida, según esta misma lápida. Habiendo corrido de 18 años de edad en los circos de Roma, debió aficionarse en España, en Cáparra y ejercitarse en el gran hipódromo de Mérida, que se construiría cuando el teatro, pues éste, cuando corrió Diocles en Roma la primera vez por los años 122 de Cristo, ya hacía 138 que se había concluído de construir (el teatro de Mérida) según manifiesta esta inscripción, por la que se vé se concluyó el año 16 antes de Cristo.

M· AGRIPPA · L · F · COS · III
TRIB · POT ·

Esta inscripción fué historiada y clasificada cuando en 17 de Junio de 1894 estuvo en Mérida el P. Fita, comisionado por la Academia de la Historia para visitar las antigüedades; diciendo que; según Fernández Pérez, por los años 1794 al 1795, estuvo en Mérida, comisionado por el gobierno, el anticuario D. Manuel Villena de nación portugués, el cual descubrió por un costado en el lado del semicírculo (del teatro) cabando hasta el pavimento. Entonces se vió una magnífica portada y sobre ella una soberbia piedra berroqueña en forma de lintel, como de cinco varas de largo y de una en cuadro de grueso, en cuya piedra se halla grabada en letras de gran tamaño y hondas, que sin duda estuvieron embutidas en bronce, una inscripción que copiaron algunos curiosos.» Fernández y Pérez, página 44 (tenía este

autor 17 años cuando se descubrió la piedra). La inscripción, que volvió á descubrirse algunos más tarde, en presencia de Laborde (Hübner, 474) y la gran piedra en que estaba pasó á la casa de D. José Cervantes, calle de Santa Olalla. Sigamos con el testo de Masdeu.

§. IV.

MISSVS • OSTIO • IIII
CCLVII •

«Salió de la cuarta puerta doscientas cincuenta y siete veces.» Ya hemos dicho cual era la disposición de las doce puertas que tenía el edificio y las ventajas y desventajas que tenían el entrar en la carrera, por cada una de las seis de la derecha de la presidencia.

§. V.

(HONORE • AVCTVS • PALMAE)
CXLVII
A • POMPA
CX •

«Por dichas carreras obtuvo la corona de palma ciento cuarenta y siete veces y los honores de la pompa triunfó ciento y diez veces.» La *corona* de palma y la *pompa* á manera de triunfo, son los premios que se daban á los vencedores más insignes. Diocles corrió desde la última puerta doscientas cincuenta y siete veces y siempre fué vencedor. Ciento y cuarenta y siete veces tuvo por premio la corona y ciento diez la pompa; dos partidas que forman el total de las doscientas cincuenta y siete victorias tan difíciles y gloriosas.

Era el precio del menor premio de mil sestercio, siendo el sestercio de valor 0'444 milésima de pesetas, resulta para el premio mínimo 444, que equivalía en el tiempo en que corría al valor de III fanegas de trigo, á 4 pesetas cada una de precio medio. Sigue la lápida romana párrafo sexto que dice:

§. VI.

SINGVLARVM • VICIT
∞ • LXIII
INDE • PRAEMIA • MAIORA
VICIT • LXXXII •
XXX • XXXII •
EX HIS • SEIVGES • III •
XXXX • XXVIII •

(EX· HIS SEIVGE)S· II
 I· XXVIII·
 INDE· SEPTEIVGF· I
 LX· III·

que dice: Venció Diocles en desafíos singulares, ó contra un coche contrario mil sesenta y cuatro veces. Venció premios mayores en dichos desafío 92 veces: el premio de 30.000 sesteracios 32 veces, y tres de estas con tiro de seis caballos; el de 40.000 sesteracios 28 veces, y dos de estas con el mismo tiro; el de 50.000 sesteracios 29 veces, y una de esta con tiro de siete; el de 60 000 sesteracios tres veces.

Resulta que sólo en premios mayores ganó:

El de 30.000 sesteracios, 32 veces, total sesteracios .	960.000
El de 40.000 sesteracios, 28 veces, total sesteracios .	1.120.000
El de 50.000 sesteracios, 29 veces, total sesteracios .	1.450.000
El de 60.000 sesteracios, 3 veces, total sesteracios .	180.000

Total general..... 3.710.000

Tres millones setecientos diez mil sesteracios equivalentes en valor intrínseco de plata, á 0'444 de peseta cada sesteracios, un millón seiscientos cuarenta y siete mil doscienta cuarenta pesetas.

§. VII.

DINARVM· VICIT
 CCCXXXVII
 TRIGAS
 AD· HS· XV
 III·

En desafíos con dos coches ó carros contrarios, venció trescientas cuarenta y siete veces; y cuatro de estas venció con tiro de tres el premio de 15.000 sesteracios.

§. VIII.

TERNARVM· VICIT
 (∞·CXV·)

En desafíos con tres coches contrarios venció mil ciento y quince veces. Fueron el total de sus victorias dos mil quinientas veinte y seis.

§. IX.

AD· HONOREM
 VENIT· ∞ ·
 (VICIT·S)ECVNDAS
 DCCCLXI·
 TERTIAS
 DLXXVI·
 QVARTAS· AD· HS· ∞
 · L (XXXIX·)
 FRVSTRA· EXIT
 ∞ CCCLI·

Consiguió el honor del primer premio, mil veces; el del segundo premio, ochocientas sesenta y una veces; el del tercero quinientas sesenta y seis veces; el cuarto, de mil sestercios, ochenta y nueve veces; corrió sin obtener premio mil trescientas cincuenta y una veces.

§. X.

AD· VENETVM
 VICIT (D) X·
 AD· ALBATVM
 VICIT· LXXXI·
 INDE· AD· HS· XXXII (C·)
 (AD· PRASINVM)
 (VICIT· DCXXXVIII·)
 (T) VM· HS· CCCLVIII· LXIII
 CXX·
 PRAETEREA· BIGAS· M·
 VICIT· III·
 AD· ALBATVM· I·
 AD· PRASINV· II·

Venció á los azules quinientas diez veces. Venció á los blancos noventa y una veces; y otras cien veces á los mismos, ganando el premio de 32.000 sestercios. Venció á los verdes seiscientas treinta y ocho veces; y otras ciento y veinte á los mismos, ganando lo más de 358.000 sestercios. Venció además de esto en biga ó con dos caballos tres veces, una vez á los blancos y dos á los verdes.

§. XI.

OCCVPAVIT· ET· VICIT

DCCCXV·
 SVCCESIT· ET· VICIT
 LXVII
 (EFFVDIT· ET· VICI)
 XXXVI·
 VARIIS· GENERIBVS· VIC·
 XXXXII·
 ERIPVIT· ET· VICIT
 DII·
 PRASINIS· CCXVI·
 VENETIS· CCV
 ALBATIS· LXXXI·

Venció quitando el puesto á un coche contrario, ochocientas y quince veces; alcanzándole sesenta y siete veces, echándole por tierra treinta y seis veces; con otras artes cuarenta y dos veces, alcanzando desde el último lugar á todos los coches quinientas y dos veces, esto es, en competencia de la Facción verde doscientas diez y seis veces, en competencia de la azul doscientas cinco veces, en competencia de la blanca ochenta y una veces.

§. XII.

EQVOS· CENTENARIOS
 FECIT· N· VIII·
 ET· DVCENAR· I·

«Hizo nueve caballos centenarios y ducenarios uno». Se llamaba caballo centenario el que había alcanzado cien victorias y ducenario el que llegaba á alcanzar doscientas.

§. XIII.

INSIGNIA· EIVS·

«Siguen las glorias más señaladas de Diocles». Se empieza desde aquí á cotejar la habilidad del Auriga extremeño con las de los más célebres que había habido hasta entonces. De las singulares proezas que se van contando de él, no se debe colegir á su favor ni mayor número de premios, ni mayor número de victorias, sobre lo que ya se ha dicho; pues no se cuentan nuevas victorias sino las mismas con diferente aspecto y aun algunas se repiten mas de una vez, según que lo pide el cotejo que se hace.

§. XIV.

(DIOCLES· ADOLECENS)
 (PLAVSIT· MERITO· SIBI
 QUO· ANNO· PRIMVM
 QVADRIGIS
 VICTOR· EXTITIT· BIS
 ERIPVIT· BIS

El joven Auriga quedó satisfecho justamente de su habilidad, desde que en un año con su coche de cuatro caballos ganó dos veces y dos veces alcanzó desde la última puerta á todos los coches contrarios.

§. XV.

ACTIS· CONTINETVR
 AVILIVM· TEREN·
 FACTIONIS· SVAE
 PRIMVN· OMNIVM·
 VICISSE· ∞ XI·
 EX· QVIBVS· ANNO· VNO
 PLVRIMVM· VICENDO· VICIT·
 (DIOCLES· EMINENTIOR)
 (MVLTO· PLVS· VICIT)
 (QVO· AN)NO· PRIMVM
 CENTVM· VICTORIAS
 CONSECVTVS· EST
 VICTOR· \bar{c} · III·
 SINGVLARVM· VICIT
 LXXX· III

Está anotado en las Actas del Circo, que Avilio Terencio fué el primero de su Facción que llegó á vencer mil once veces, habiendo ganado muchísimo por estas victorias en un mismo año. Pero Diocles, más eminente, ganó mucho más; pues en el año que obtuvo cien victorias por la primera vez, ganó tres veces el premio de cien mil sesteracios y otras tres veces en desafíos singulares el de ochenta mil. Plinio en su Historia natural, lib. 7, cap. 53, hablando de Félix, Agitador de la Facción roja, nombra también las Actas ó los libros públicos en que se notaban para perpetua memoria las acciones y proezas de los Agitadores del circo.

§. XVI.

ADHVG·AVGENS
 GLORIAM·TITVLI·SVI
 PRAECESSIT·THALLVM
 FACTIONIS·SVAE
 QVI·PRIMVS
 IN·FACTIONE·RVSSATA
 (VICIT·VNO·ANNO I·)
 (SVPERAVIT·DIO)CLES
 OMNIVM·AGITATORVM
 EMINENTISSIMVS
 QVO·ANNO
 ALIENO·PRINCIPIO
 VICTOR·CXXXIII
 SINGVLARVM·VICIT·CXVIII
 QVO·TITVLO·PRAECESSIT·
 OMNIVM·FACTIONVM·AGITATORES
 QVI·VNQUAM
 (CERTAMINI·CI)RCENSIVM
 INTERFVERVNT.

Aumentando á más de esto el esplendor de sus glorias, se hizo superior á Talo, Agitador de su Facción roja, que fué el primero que consiguió en un año cincuenta victorias en juegos promovidos por su misma facción. Pero Diocles, superior á él, y eminentísimo entre todos, obtuvo en un año en juegos promovidos por partido contrario ciento treinta y cuatro victorias, y ganó en desafíos singulares ciento diez y ocho veces, que son glorias que le elevan sobre la clase común de todos los demás Agitadores que hasta ahora han concurrido en el Circo.

§ XVII.

OMNIVN·ADMIRATIONE
 MERITO·NOLATVM·EST
 QVOD·VNO·ANNO
 ALIENO·PRINCIPIO
 DVÓBVS·INTROIVGIS
 COTINO·ET·POMPEIANO
 VICIT·LXXXVIII
 L̃·I·
 L̃·III·

XL·I·
 XXX II·
 (XX·IX·)
 (XV·XV·)
 (∞·XXXXII·)

Se notó justamente y con admiración de todos, que Diocles en un año en juegos de partido contrario, con Cotino y Pompeyano dos caballos yugales, obtuvo noventa y nueve victorias, habiendo conseguido una vez el premio de 60.000 sestercios, cuatro veces el de 50.000, una el de 40.000, dos veces el de 30.000, nueve el de 20.000, quince el de 15.000, veinticinco el de 10.000 y cuarenta y dos el de 1.000 sestercios». En esta parte está muy rota la piedra y se han distribuido los sestercios entre los 99 primeros proporcionalmente á las veces.

§. XVIII.

(HIRPINVS)
 (FAC)TIONIS· PRASINAE
 VICTOR· ∞· XXV·
 PRIMVS· OMNIVM
 VRBIS· CONDITAE
 AD· HS· L̃
 VICIT· VII·
 DIOCLES
 PRAECEEDENS· EVM
 INTROIVGIS· TRIBVS
 ABIGEIO· LVCIDO· PARATO
 L̃· VICIT· VIII

Irpino, de la Facción verde, vencedor mil y veinticinco veces, ganó el primero de todos, desde que Roma está fundada, el premio de 50.000 sestercios siete veces. Pero Diocles, superior á él ganó ocho veces la misma cantidad con tres caballos yugales, Abiqueyo, Lucido y Parato.

§. XIX.

(CVM· EQVI· AGITATI)
 (PER· NEC)OMNVNEM
 VENVSTVM
 EPAPHRODITVM
 TRES· AGITATOIRES· MILIARIOS
 FACTIONIS· VENETAETAE

AD· HS· L̃·
 VICISSENT· XI·
 DIOCLES
 POMPEIANO· ET· LVCIDO
 DVOBOS· INTROIVGIS
 VICIT· (XX)

Habiendo los caballos de Necomnunes, de Venusto y de Epafrodito, tres Agitadores miliarios de la Facción azul, vencido once veces el premio de 50.000 sestercios; Diocles con dos caballos yugales, Pompeyano y Lucido, ganó la misma cantidad veinte veces.

Llamaban Agitadores miliarios á los que habían ganado mil veces premio.

§. XX.

(HIRPINVS· AGITATOR)
 FACTIONIS· PRASINAE
 ·VICTOR· ∞ XXV·
 ET· FLAVIVS· SCORPVS
 VICTOR· IĨ· XLVIII·
 ET· POMPEIVS MUSCLOSVS
 VICTOR· IIĨ· DLVIII·
 TRES· AGIPATORES VICTORES
 MDCXXXIII·
 AD· HS· L̃
 VICERVNT· XXVIII·
 (DIOCLES)
 (OMNIVM· EMI)NENTISSIMVS
 VICTOR· ∞ CCCCLXII·
 L̃ VICIT· XXVIII·

Irpino, Agitador de la Facción verde, vencedor mil veinticinco veces; Flavio Scorpo, vencedor cuarenta y ocho veces del premio de 20.000 sestercios, y Pompeyo Muscioso vencedor quinientas y cincuenta y nueve veces el de 30.000 sestercios; estos tres Agitadores vencieron los tres juntos mil seiscientas y treinta y dos veces y veintiocho veces ganaron el premio de 50.000 sestercios. Pero Diocles, el más eminente de todos, consiguió él sólo mil cuatrocientas sesenta y dos victorias, y ganó veintinueve veces el mismo premio de 50.000 sestercios.

§. XXI.

NOBILISSMO · TITVLO
 DIOCLES NITET
 CVM · FORTVNATVS
 FACTIONIS · PRASINAE
 IN VICTORE · TVSCO
 VICTOR · CCCLXXXVI ·
 L̃ · VICIT · IX ·
 DIOCLES
 (IN · VICT · VELOCE)
 (VICTO) R · CLII ·
 L̃ · VICIT · X ·
 L̃X̃ · I ·

Diocles resplandece con títulos más nobles; porque habiendo Fortunato de la facción verde vencido con su caballo Tusco 386 veces y ganado nueve veces el premio de 50.000 sestercios; él con su caballo Veloz, vencedor 152 veces, ganó diez veces el premio de 50.000 sestercios, y además el de 60.000 una vez.

§. XXII

NOVIS · COACTIONIBVS
 ET · NVNQVAM · ANTE
 TITVLIS · SCRIPTIS
 DIOCLES · EMINET
 QUOD · VNA · DIE
 SEIVGES · AD · HS · X̃I
 MISSVS · BIS
 VTRAQVE · VICTOR · EMINVIT
 ADQVE · AMPLIVS
 (VENIENS · IN · MEDIVM)
 (CVRRV · VN) O ·
 SVISQVE · SEPTEM · EQVIS
 IN · SE · IVNCTIS
 NVNQVAM · ANTE
 HOC · NVMERO · EQVORVM
 SPECTATO · CERTAMINE
 AD · HS · L̃ ·
 IN · ABIGEIO
 VICTOR · EMINVIT

ET · SINE · FLAGELLO
 ALIIS CERTAMINIBVS
 AD · HS · XXX
 (IN · COTINO VICIT)
 (CVMQVE PRIM) VM
 VISVS ESSET
 HIS · NOVITATIBVS
 DVPLICI · ORNATVS · EST · GLORIA

Resplandece además con nuevas proezas y con glorias que hasta ahora no han escrito de ningún otro; pues en un sólo día, habiendo aspirado dos veces con tiros de seis caballos al premio de 11.000 sestercios, entrambas veces le ganó; y presentándose á correr con tiro de siete, número de caballos que jamás hasta entonces se había visto en juegos circenses, ganó con su caballo Abigeyo el premio de 50.000 sestercios; y no contento de esto, corrió en otras ocasiones sin látigo, y ganó de este modo con su caballo Cotino el premio de 30.000 sestercios; valentías nuevas y admirables, por las cuales se granjeó doblada gloria.

Ya hemos dicho que aunque los caballos fuesen seis ó siete, no se atribuye la victoria sino á uno, el último funal de mano izquierda, de quien dependía más que de los otros el acortar las vueltas para atajar camino, y para empujar y apretar y aún derribar los demás coches contrarios.

§. XXIII.

INTER · MILIARIOS AGITADORES
 PRIMVM LOCVM
 OBTINERE · VIDETVR
 PONTIVS · EPAPHRODITVS

FACTIONIS · VENETAE
 (QVI · SVB · AVSPICIIS)
 (AMTO)NINI · AVG · PII
 SOLVS · VICTOR

∞CCCCLXVII ·
 SINGVLARVM · VICIT
 DCCCCXI ·

AD DIOCLES
 · PRAEEDENS EVM
 VICTOR · ∞CCCCLXII ·
 INTER · SINGVLARES · VICIT
 ∞LXIII ·

Entre todos los Agitadores Miliarios, parece deberse el primer lugar á Poncio Espafrodito de la Facción Azul, el cual, bajo los auspicios del Emperador Antonino Pío, llegó sólo él entre todos á conseguir (en desafíos de concursos) mil cuatrocientas sesenta y siete victorias, y en desafíos singulares novecientos once. Pero Diocles, superior á él, venció (en desafíos de concurso) mil cuatrocientas sesenta y dos veces, y en desafíos singulares mil y sesenta y cuatro.

§. XXIV.

IISDEM· TEMPORIBVS

(FELIX)

(ERIPUIT·) ET· VICIT

CCCCLXVII

DIOCLES

ERIPVIT· ET· VICIT

DII·

Por los mismos tiempos (de Antonino Pío) Feliz Agitador, alcanzando desde el último lugar á todos los coches, ganó cuatrocientas sesenta y siete veces: pero Diocles obtuvo del mismo modo quinientas dos victorias.

§. XXV.

DIOCLES· AGITATOR

QVO· ANNO

VICIT· CXXVII·

ABIGEIO

LVCIDO

POMPEIANO

INTROIVGIS· TRIBVS

VICTOR· CIII·

A más de esto, el Agitador Diocles en el año en que obtuvo ciento veintisiete victorias, ganó ciento tres veces con tres caballos yugales Abigeyo, Lucido y Pompeyano.

§. XXVI.

INTER· (CETEROS· INSIGNES·)

(DVO· EM)INENTES· AGITADORES

INTROIVGIS· AFRIS

PLVRIMVM· VICERVNT

PONTIVS · EPAPHRODITVS
 FACTIONIS · VENETAE
 IN · BVBALO
 VICIT · CXXXIV ·
 POMPEIVS · MVSCLOSVS
 FACTIONIS · PRASINAE
 (IN · CELERE)
 (VICIT) · CXV ·
 DIOCLES
 SVPERATIS · EIS
 IN · POMPEIANO
 VICTOR · CLII
 SINGVLARVM · VICIT
 CXXXIII ·
 AMPLIATIS · TITVLIS · SVIS
 COTINO
 GALATA
 ABIGEIO
 LVCIDO
 POMPEIANO
 INTROIVGIS · QVINQVE
 VICTOR · CCCXXXV
 SINGVLARVN · VICIT
 CCCLXXXVII ·

Entre los más insignes Agitadores hubo dos muy eminentes, que ganaron muchísimo con caballos yugales africanos. El uno fué Poncio Epafrodito de la Facción azul, quien ganó con su caballo Bubalo ciento treinta y cuatro veces. El otro fué Pompeyo Muscioso, de la Facción verde, el cual con su caballo Celer obtuvo ciento quince victorias. Mas Diocles, superior á entrambos, ganó con su Pompeyano ciento cincuenta y dos veces y consiguió con él ciento cuarenta y cinco victorias en desafíos singulares, y dando aun más realce á sus glorias con cinco caballos yugales, Cotino, Galata, Abigeyo, Lucido y Pompeyano, ganó cuatrocientas cuarenta y cinco veces y obtuvo con los mismos en desafíos singulares trescientas noventa y siete victorias.

La afición que tuvieron los romanos á las corridas de carros, podremos compararla con la que tenemos los españoles á las de toros en el día de hoy, midiéndola por lo que gana el mejor torero en una fun-

ción y lo que ganó Diocles en una corrida; Diocles ganó cincuenta ó sesenta mil sestercios. Cada sestercio era cuatro novenas partes de la peseta ó cuatrocientas cuarenta y cuatro milésimas de peseta, según los cálculos más recientes hechos por los mejores numismatas. No graduando lo que ganó Diocles por el premio de sesenta mil sestercios, sino por el inmediato inferior de cincuenta mil, deduciremos que Diocles en un solo día ganó muchas veces, veintidos mil doscientas pesetas. Los mejores toreros ganan hoy seis mil pesetas, lo cual da á entender que la afición de los romanos á las corridas de carros era tres veces mayor que la que tenemos á nuestras corridas de toros, y esto lo apreciamos porque el valor comercial de la moneda en tiempo de los romanos, calculado para las de plata, por lo que costaban los artículos de primera necesidad comparados con lo que cuestan hoy, podemos considerarlo iguales por su menor coste de la explotación de las minas y más abundancia en Roma que en el resto del Imperio; cosa que no han tenido en cuenta muchos de los que se ocuparon de estudiar el valor comercial de la moneda romana en el tiempo de Diocles,

VICENTE PAREDES.

Plasencia 30 de Octubre de 1910.

(Se concluirá.)

DOÑA MARÍA PEREIRA

(Cuento histórico de D. José d'Almada y Lencastre).



EN una de las quintas de las cercanías de Lisboa, en el camino de Cintra, próxima á Agualva, vivía en 1750 una familia ilustre por su abolengo y no menos favorecida de la fortuna.

Era ámplia y espaciosa la casa en que habitaba; más fuese por el carácter sombrío de los propietarios ó por inclinación á la vida absolutamente campestre, en lugar de estar edificada al borde de la carretera, como tantas otras, se alzaba dentro de la finca, y desde ella se avistaban, por un lado las montañas y festoneados peñascales de la Sierra de Cintra, y por el otro las cumbres sobre que asienta la hermosa capital lusitana.

El caballero que en ella moraba era D. Alvaro Pereira, descendiente por línea recta del bravo Nuño Alvarez Pereira, y no menos bravo él, para los tiempos y circunstancias en que vivía, que aquel su ilustre y famoso antepasado.

Dicha familia fué titular un tiempo; más por ser uno de sus ascendientes acérrimo defensor de la causa popular del Prior de Ocrato, no confirmaron los Felipes la concesión del título á sus descendientes.

Vinieron los Braganzas... y como se levantasen ambiciosos, que, en lugar de exponer su vida en la hora de peligro, como los cuarenta que llevaron á cabo la gloriosa revolución que elevó al trono á la real familia, alardearon de servicios que nadie conocía, pero que ellos tuvieron arte de hacer valer con sus retóricas, el título antiguo fué otorgado á otra familia, y la de D. Alvaro, que había jugado el todo por el todo, se quedó sin él.

Y de estos casos se dieron varios en el reinado de D. Juan IV

repitiéronse en tiempos de D. Alfonso VI; continuaron en los de don Pedro II, D. Juan V, D. José I, D.^a María I y D. Juan VI.

Y no hablo de épocas posteriores, porque los hechos son contemporáneos, y temo que me acusen de parcial.

Más, en general, es una verdad histórica, la de que la familia que ascendió al treno portugués en 1640, tuvo siempre una inclinación decidida á cortesanos y camarillas, que fueron los que gobernaron.

El único que se libró, aunque no del todo, de tales influencias, fué D. Juan V.

Y todavía la dinastía bragantina llegó al solio en época tan propicia, que pudo ofrecer á Portugal tantos ó mejores frutos que la de Aviz.

Más los destinos del pueblo lusitano resolvieron otra cosa, y los pasteleros publicistas de nuestros tiempos, cargan sobre las espaldas del pobre mozo D. Sebastián la decadencia del Reino.

Yo no digo que la batalla de Alcazarquivir pueda contarse en el número de los éxitos portugueses; más ya que tuvimos la suerte de recobrar, en 1640, con la independencia, la integridad ó poco menos, de la monarquía de D. Manuel, me parece que podíamos hacer con ella, algo más que dejarla perder.

Cuando D. Juan I se proclamó defensor del reino, no tenía tanto por donde alargar los brazos como D. Juan IV. Además de que en tiempos del del Maestre de Aviz la nación estaba dividida.

Y en 1640 estaba unificada.

En fin, no hablemos más de esto, porque si empiezo á desembrollar estas cosas de la historia patria, especialmente de la moderna, me tomarán por maldiciente, y ¡adiós reputación de narrador acreditado!

Por tanto vamos al cuento.

*
* * *

En 1750, repito, vivía D. Alvaro Pereira en su quinta de Agualva, casi como un desterrado; siendo la causa de éste apartamiento de la corte, cierta reyerta poco respetuosa que tuvo en el Real palacio con otro hidalgo, el mismo que indebidamente usaba el título que pertenecía á D. Alvaro.

Entre ambos había pleito pendiente ante los tribunales de justicia, no solo sobre la propiedad y mejor derecho al título nobiliario, sino sobre los bienes que constituían el patrimonio de D. Alvaro, de que su contrario se había apropiado con el título.

El asunto estaba para resolverse, cuando el competidor de Pereira promovió unos embargos, fundados arteramente en no sé cuantas falsedades atribuídas á D. Alvaro, al que se acusaba como factor de documentos falsificados.

El honrado y brioso hidalgo, fué á la corte, buscó á su adversario, y habiendo sabido que estaba en palacio, corrió allí y lo encontró en la cámara de los donceles, donde esperaba al Rey.

Pereira, rebosando inquina, preguntó á su contrincante en qué se fundaba para llamarle falsario.

El interrogado enmudeció.

—Eso es lo mismo que decir que miento.

—Será, contestó el otro con miedo.

D. Alvaro tiró de la espada y acometió á su difamador, á quien hirió levente; y gracias á que las demás personas presenciales de la acometida lo contuvieron, pues si no la catástrofe sobreviene y la hoja de la espada penetra por bajo de la epidermis.

El Rey disculpó la demasia de D. Alvaro, pero era preciso corregirla.

Un desacato en palacio, tenía consecuencias serias en aquellos tiempos.

D. Alvaro fué, pues, desterrado de la corte con la obligación de no salir de la quinta de Agualva, lugar de su destierro.

Criaba allí, el pundonoroso morgado una hija única, que era la flor de sus ojos, único encanto de su alma y consuelo de su viudez y soledad.

María Pereira crecía en hermosura y bellas cualidades; más heredera del carácter de su padre, unía á una sensibilidad exquisita, los arrebatos apasionados y una voluntad enérgica y tenaz.

Decían sus criadas, que jamás habían visto una joven tan señora, ni una señora tan joven.

Y la explicación de tan sentenciosa definición, venía del hecho siguiente, que ellas no sabían apreciar debidamente.

Es raro que una inteligencia sensible y fuerte no se hermane casi siempre.

María Pereira, criada en el campo entre ayas y criadas, corría y saltaba por las alamedas de la quinta solariega, con tal agilidad, que no parecía que ponía los pies en el suelo. Las ayas le gritaban, hasta enronquecer, que parase, que no corriese, que se estuviese queda; pero ¡á buena parte iban!... María corría y saltaba cada vez más, sobre todo si encontraba, como aliciente al ejercicio, á su compañero de infancia José Carlos, hijo del Casero de la quinta nombrado José Viejo.

En el invierno, los días secos y fríos, el lago de la quinta se helaba completamente. María, que se levantaba al nacer el sol, ávida de jugar, se asomaba á la ventana de su alcoba, que se abría frente por frente de la morada del casero, y sacando de un saquito, que por las tardes rellenaba de piedrecillas, una y otra de estas, las lanzaba sobre la puerta de la casilla de su dependiente, hasta que Juan, que ya esperaba levantado, tal aviso, abría las compuertas, á esta diana agresiva, por él diariamente esperada, y aparecía bajo su dintel.

—Aquí estoy,—decía presentándose.

—¿Vamos á patinar?—le invitaba la joven aristócrata.

—Vamos; más... ¿y si el señor la vé?

—No; duerme aún.

—¿Y las ayas?

—También.

—¿Quiére la señorita la escalera?

—Si, traela.

Juan iba á buscar la escalera que servía para podar los parrales, apoyábala en el afeizar de la ventana de la alcoba de su señorita, y ésta descendía por ella con precipitación, corriendo ambos, cogidos de las manos, hasta llegar al lago.

Y utilizaba este procedimiento, por ser imposible á la chiquilla, abrir las tres ó cuatro puertas pesadas y ferreteadas, que le impedían el paso hasta llegar á la escalera del palacio, sin hacer ruido, y por tanto, sin denunciar sus correrías matinales á padre y á criados.

Llegados al lago, ambos amiguitos descalzábanse zapatos y medias, y lanzábanse á patinar contentísimos, despertando con sus gritos, sus carcajadas y su parlotear alborozado y vocinglero á los criados, á las ayas, al mismo D. Alvaro, y al octogenario Manuel Viejo, cuya ocupación, dada su poca vista, se limitaba á limpiar de hierbas vivaces las avenidas y senderos del jardín.

Todos acudían al lago á amonestarles á reprenderles, en cuya ocasión, la pequeña María, contando apenas nueve años, descalza sobre el hielo, y tomando una aptitud altiva y teatral, decía á la asamblea de sus censores:

—Ninguno tiene aquí autoridad para reprendernos, fuera de mi padre y de Manuel Viejo. Después, de mi padre, yo soy la primera persona... y Juan el primero después de Manuel Viejo; y si ellos no riñen ¿quienes son ustedes para tomarse esas libertades?

Y decía esto con una autoridad, con un gesto, con una entonación de mando, que quedaba á la turba de criados boquiabierta, sin saber

qué reprocharle, siendo Manuel Viejo el primero en retirarse, apoyándose en una pequeña horquilla, admirado de la gradación establecida por la rapaza entre los moradores de la quinta.

D. Alvaro presenciaba la escena desde la ventana de su alcoba, y para no autorizar ni las reprensiones de las ayas, ni la respuesta de la niña (que aplaudía tácitamente en el fondo de su alma) cerraba las vidrieras y dejaba que el conflicto se desenlazase por sí mismo.

María tornó para casa después de tal rasgo de autoridad, dejando á las criadas á gran distancia y en un coro de exclamaciones:

—¡Cuidado que es despierta la criatura!

—Y habla como un predicador.

—Yo no me atrevo á decirla nada cuan lo ella me habla con ese imperio...

—Pero con ese capricho... se constipará.

—No será mucho que le pase algo.

—¡Están tan frías las mañanas!...

—Y eso de andar con los pies en el hielo... expuesta á coger un reumatismo...

—Seguramente, si ella se desgracia, su padre va detrás.

—Pero déjenla saltar,—reponían los criados.—Así se criará sana y robusta. ¿Veis que D. Alvaro dice nada por su parte?

—Los mimos que ella le hace, lo desarman por completo. Jamás se enfadó con su hija.

El almuerzo estaba preparado á la hora de levantarse; más la joven, en vez de dedicarse á obras de labor ó de costura, tan propias de su sexo, cogía un libro cualquiera y leía y leía hasta el mediodía.

—Tanto leer puede hacerle daño,—observaba una de las ayas de vez en cuando.

Pero la advertida no contestaba y continuaba en su lectura.

La comida se hacía á la una de la tarde.

Las ayas la acompañaban después á la quinta, más por ceremonia que por otra cosa. La gentil chiquilla bajaba desde luego saltando los peldaños de la escalera cuatro á cuatro, y cuando su servidumbre llegaba al portal, ya se había ella alejado por las calles de lilos y adelfas, corriendo y saltando en busca de su compañero de la infancia.

Hasta que la campanilla del comedor no anunciaba la hora de comer, todo era carreras y cabriolas. Después de comer, la siesta; luego otra vez á leer hasta media tarde; á este punto vuelta al jardín á la ordinaria bataolas, hasta el toque de las Ave María, á cuya hora el ca-

pellán de la casa abría la capilla de la solariega mansión, no solo para los dueños y criados, sino para el vecindario de los contornos.

Al tercer toque de la campana, ya estaba la capilla llena de gente. María, su padre y familiares de la casa, colocábanse en la tribuna; los criados de inferior categoría y los vecinos de los alrededores, en el cuerpo de la iglesia. El capellán iniciaba el rezo. Después del rosario los Padres Nuestros. El primero se aplicaba por la intención del Señor de la casa; el segundo por la de la señorita; el tercero por el alma de la madre de ésta; el cuarto por el fundador de la casa; después por la intención de la familia, por la gente de aquellos lugares y por el mártir San Sebastián, para que librase á la comarca de pestes, hambres y guerras...; otro por las necesidades temporales y espirituales de la Iglesia, y el último por la intención del Rey y de la familia real.

Al terminar el rezo, la cena estaba ya en la mesa.

Los congregados pobres esperaban en la iglesia la terminación de la cena de los señores y sus criados, acudiendo al llamamiento de éstos, que les repartían las abundantes sobras de aquellos, con las que cenaban también, y aun á veces almorzaban al siguiente día, volviendo á la iglesia antes de esparcirse por la campiña á rezar un *pater noster* por sus bienhechores, para que Dios les acrecentase los bienes y les diese paz y sosiego en el alma y en el cuerpo.

Cerrábanse entonces las puertas de la capilla y del palacio, y esta era la vida diaria de sus moradores y convecinos.



El enemigo de la tranquilidad común, transformado en ese dios diminuto que Vulcano nunca miró con buenos ojos, á causa de unos dares y tomares que según decían las malas lenguas del Olimpo, había habido entre el Sr. Marte y su alteza la princesa Venus, vino un día á transtornar este sosiego y pacífica vida familiar. Y para hacer más duradero el maleficio, no empleó medios violentos y repentinos, sino que procedió sordamente y paso á paso.

Es raro un espíritu elevado, que no esté influido por la pasión de la lectura, y María tenía esta pasión, como ya queda indicado, y la tenía desde muy niña.

Su padre había heredado de sus mayores una librería bien surtida y variada; pues en otros tiempos los hidalgos y los conventos eran los consumidores de todos los productos de la inteligencia, habiendo algunos de aquellos que conservaban los libros con el respeto debido á las

reliquias religiosas, rayano en la superstición, hasta el extremo de no dejar tocar volumen alguno sino al capellán.

Una librería en las casas grandes, vestía tanto como el timbrado blasón sobre la puerta, ó una variada panoplia en la sala de armas, aunque los dueños no la tocasen; pues la mayoría de la aristocracia era en Portugal ignorante, salvo honrosas excepciones.

D. Alvaro era una de ellas, y cultivó su amor á las letras como distracción y consuelo de su destierro, transmitiendo á su hija los primeros rudimentos de ellas, y como el terreno era fértil, la semilla fructificó.

Cuando María cumplió los doce años, los juegos con su amigo de la infancia continuaban todavía, más las carreras y los saltos no eran ni tan largos ni tan frecuentes. Casi siempre llevaba consigo un libro, y cuando se cansaba de andar de acá para allá, ó se sentía impelida por su curiosidad nativa, sentábase á la sombra de un árbol y comenzaba á leer.

Juan le rogaba leyese alto, y escuchábala con la atención que se escucha al confesor.

Eran dos espíritus que se educaban á sí propios, dos flores que abrían su caliz al sol de la inteligencia.

—¡Oh, señorita!—díjole el mozuelo un día.—¿Por qué no me enseña V. á leer?

—Pues qué ¿no te enseñe yo, de oidas?

—¡Ah! si... Ciertamente que me enseña; pero si yo pudiese aprender por mí mismo alguna cosa... Mire usted; cuando yo me aparto de su lado y voy para casa, por las noches, voy diciendo para mí: ahora estará mi niña (en la ausencia así la trato) ahora estará mi niña leyendo. ¡Qué bien, si yo supiese leer como ella!

Y tras esta petición quedó decidido que la linda aristócrata enseñaría á leer á su criado y amigo.

Con maestra tal, era imposible que el discípulo no hiciese progresos.

Continuaron por algún tiempo la lectura y la enseñanza, y como Juan aprendió en breve á leer, cuando María se cansaba de leer, le entregaba el libro á Juan, que proseguía la lectura.

Cierto día pasó junto á los dos lectores el Sr. Pereira, en su paseo vespertino, y el taciturno hidalgo, que sonreía á las veces con los ejercicios literarios de su hija y el chico del casero, preguntóles, contra costumbre, qué leían.

El libro era una colección de versos, ternuras y requiebros amorosos.

—Hija: te repito una vez más, que leas libros piadosos ó historias de Portugal, donde puedes ver los servicios que tus abuelos prestaron á su patria. Ese libro que ahora lees, no tiene aplicación alguna para tí.

Y el caballero continuó su paseo, y el libro cerróse, y los lectores quedaron tristes...

Otro día, á la misma hora de la lectura, el severo padre, pasó junto á ellos, y les pidió el libro.

Era *Las Lusiadas*.

—¿Qué leéis?—les preguntó D. Alvaro.

—He aquí,—respondió su gentil heredera, mostrándole el episodio de los amores y muerte de D.^a Inés de Castro.

El noble desterrado devolvió el tomo á su hija con gesto ceñudo y pensativo, y prosiguió su ruta.

—Páreceme que el Sr. D. Alvaro tampoco gusta de esta obra.

—Yo bien sé por qué,—afirmó la sagaz chiquilla.

—¿Y por qué es?—interrogó con una expresión extraña el discípulo.

Y como coincidiendo en la misma idea, los dos enmudecieron, bajaron al suelo los ojos, y sus rostros se colorearon de granate.

A los pocos momentos, sin cumplimientos y apenas balbucear algunas palabras, se separaron.

D. Alvaro, así que se apartó de ellos, buscó á Manuel Viejo, que se dedicaba, como de ordinario, á limpiar de hierbas la red de calles de la finca, y le dijo:

—Manuel.

—Señor.

—Tu hijo ya está crecido.

—Casi un hombre, señor. Para la Pascua hará ya quince años.

—No estaría de más, que acompañase al Mayordomo cuando va á hacer las compras á Lisboa... El Mayordomo va ya viejo... y Juan sabe leer y escribir.

—Limosna que le hizo mi señorita, que Dios Nuestro Señor le ha de recompensar.

—Pues sí; mas sería bien que él se fuese acostumbrando, bajo la dirección del mayordomo, á llevar la correspondencia y contabilidad de la casa y que lo acompañase á Lisboa, como digo, á hacer las compras necesarias. Así, si tuviese juicio y disposición, podía en las horas de holganza dedicarse al escritorio y ayudar al cajero. Así, el día que faltase cualquiera de los dos, podía quedar en su lugar.

—Muchísimas gracias, Sr. D. Alvaro... muchísimas gracias por la merced que usía nos hace.

Y esto diciendo, besaba con efusión las manos de su amo.

En seguida llamó á su hijo.

Juan apareció.

—Besa las manos á nuestro amo y señor, y recibe sus órdenes.

Juan así lo hizo, y en breve quedó acordado que desde el siguiente día comenzara á desempeñar sus funciones de ayudante del mayordomo y el cajero, de modo que cuando uno no tuviese que darle que hacer, el otro lo emplease.

De este modo estaba ocupado todo el día, quedando por ello interrumpidas las lecturas en común.

Aparte de esto el mayordomo, muchas de las veces que iba á Lisboa, se detenía en la Corte uno, dos y tres días, para proveerse de las cosas necesarias en el palacio de Agualva.

El zagalón no sospechó en un principio cuál fuese la mira de tal mudanza, atribuyendo su nuevo empleo á la bondad de su amo, que era su padrino; mas la inteligencia de María, más despierta que la de Juan, vió desde luego á donde iba dirigido el tiro.

Entristeciése bastante y pocas veces salía de la biblioteca. Pero la lectura que consuela y distrae todos los males de la vida, es como fuego y pólvora para los males de amor.

Y la hermosa niña amaba ya; y el empleo de Juan, en vez de apagarle la llama, encendióla más y más y se reveló en los dos.

Ella sentía un impulso fuertísimo á desahogar el fuego que la consumía, y de la lectura pasó á la escritura, y lo que escribía se lo entregaba por la noche á Juan.

Este empleaba las horas de reclusión en el despacho, no en descifrar lecturas de pergaminos, coordinar testamentos, títulos de donaciones, herencias y propiedades, sino en responder á los pensamientos de su adorada.

*
* *

Mas la melancolía externa y el entusiasmo interior de estas dos almas, trascendieron á toda la familia del palacio. La servidumbre comenzó á murmurar cautelosamente en voz baja, como de un suceso inaudito, pues tal era el que la hija y heredera de tan ilustre casa, se apasionase de un mancebo de tan baja condición.

D. Alvaro, que vió cuan contraproducente había sido el remedio

que había aplicado á tan desbarrada inclinación, y no queriendo confesar á sí propio lo que consideraba una desgracia de familia, empezó á preocuparse de la tristeza de su hija, de la que presumía la causa.

Y concluyó por tomar una resolución adecuada á la gravedad del caso y tradicional en su raza.

Así que la maduró, llamó á su hija, y la dijo:

—María; tienes diez y siete años, y es preciso que tomes estado con arreglo á tu condición social. De la casa de los Condes de Athonguia ya me vino el Capellán á hablar sobre este punto. Pero yo no gusto de aquella gente, que parece como si nos hicieran una gran honra con enlazarse á nuestra familia, cuando se debían dar por muy favorecidos con que los mirásemos como parientes. Los Pereiras no tienen envidia á nadie en Portugal. Bastaba el Condestable para... Y si fuésemos á atender á la verdadera varonía, se la podríamos disputar á la misma casa de Cadaval. El título no da ni quita nada sobre el particular. También lo tuvimos ya y los señores Braganzas nos lo quitaron, pagándonos de ese modo los servicios que le prestamos en la empresa de la restauración. Bien decía mi abuelo, que Dios tenga en su gloria, cuando habló en casa de D. Antonio de Almada sobre la elección de monarca. «Otro, otro, decía él, que el duque D. Juan no sirve para Rey». Pero vamos á lo que nos interesa. Yo proyecto casarte en la casa de los Biscainhos, que son Pereiras de valía y rama de nuestra familia. Ahora dime tú qué te parece de esta resolución.

—Parecerme... me parece bien, padre mío; mas con el debido respeto he de decir á vuestra señoría, que yo no me quiero casar.

—¿Por qué, hija querida? ¿A quién va á pasar entonces la representación de esta casa? ¿Pretendes que en tí acabe?

—Pase á quien pase... ¡yo no me caso!

—¡Loca!... ¿Y si yo te obligara á ello?

—Si vuestra señoría me obligase... cuando el capellán, ante Dios y los testigos, me preguntase si quería ser esposa del hombre á que me destinase... respondería que no.

—Pues te casarás; te lo digo yo. O escoges desde luego el convento adonde hayas de claustrarte.

—Iré adonde vuestra señoría mande,—repuso María con una altivez y una firmeza de carácter, que bien á las claras demostraba que corría por sus venas la sangre de D. Nuño.

—Bien, pues recógete á tu alcoba,—terminó D. Alvaro pésimamente humorado.

Y para aplacar con la fatiga física la alteración moral, el hidalgo

salió á la quinta, en la que encontró al pobre Manuel Viejo, raspando el tronco de un añoso árbol.

Deteniéndose junto á él, le dijo:

—¡Cuán mal paga tu hijo los beneficios, Manuel!

—Nuestra excelencia es su padrino y su amo: y si él paga mal sus bondades... ¡arrójelo á la calle!—contestó el sirviente con lágrimas en los ojos.

El orgulloso prócer recrudeció su enemiga, y á los pocos días Juan fué enviado definitivamente á Lisboa, como desterrado, y al cabo de un mes, presentóse en la quinta de Agualva un vástago de la familia de los Biscainhos para casar con la bella María.

Todo se preparó para la ceremonia nupcial.

Pero la antevíspera del día señalado para el casamiento, hubo un diálogo violento entre padre é hija, que terminó con estas palabras de la doncella:

—Nuestra señoría se empeña en casarme contra mi voluntad; pues caiga sobre mi padre toda la responsabilidad de cuanto suceda.

Al día siguiente, víspera del enlace, por la mañana, la contrariada jóven se arrojó á los pies de su inflexible padre y los inundó de lágrimas.

¡Todo fué en balde!

María no salió de la capilla desde el mediodía hasta por la noche.

El mismo día de la boda, al entrar en la alcoba de la novia, encontraron solo á su aya llorando á más y mejor.

¿Y María?...

Buscáronla por todas partes y no la encontraron.

Registráronse los pozos, el lago, los estanques, todos los rincones del palacio, de la quinta y de sus dependencias, presintiendo algún suicidio; pero ni el más leve indicio de fuga ni de catástrofe.

D. Alvaro con esto, tras la lucha sostenida, cayó enfermo; y el pobre Manuel el viejo quiso morir, cuando le dijeron que su Juan había desaparecido de Lisboa.

Aquel convaleció, aunque, como consecuencia de la dolencia quedó demacrado y abatido, y por fin un día del mes de Septiembre de 1755, salió á pasear á la quinta, donde encontró á su casero, más abrumado por los años y los disgustos.

Manuel, cuando vió á su amo, cayó de rodillas ante él y comenzó á sollozar.

— No es tuya la culpa, pobre anciano; ¡bien lo sé! Ni me pidas perdón de pecado que no has cometido. Más es preciso que busques á al-

guno que vaya á Mafra y me traiga dos ó tres docenas de trabajadores. Solo allí los puede encontrar en tanto número, necesario para lo que proyecto.

—¿Para qué, señor?

—Para que echen por tierra aquella casa.

Y apuntaba á la de la quinta.

—¡Señor!... ¿Va vuestra excelencia...

—Sí, Manuel. ¿De qué te admiras?... Huyó la paloma y derrumbo el palomar.

De allí á ocho días, el palacio estaba reducido á un enorme montón de escombros.

*
* *

Era el día 31 de Octubre de 1755.

Juan entró en la casa donde María había buscado un imprudente abrigo contra las violencias de su padre, y le dijo:

—Señorita: su señor padre está en Lisboa.

—Aunque las apariencias me culpen, si yo le jurara ante un crucifijo que soy digna de su bendición... él me creería.

Otro día á las ocho de la mañana María oyó tocar á misa en el Colegio de San Antonio, que estaba frente á su casa, y dijo á Juan:

—No oigo misa desde que abandoné la casa de mi padre, y hoy es día de Todos los Santos. Juan, acompáñame.

Y fueron al Colegio, pero la Misa se retrasó hasta las nueve.

Al terminar un fuertísimo temblor de tierra estremeció la iglesia hasta sus cimientos.

Un grito inmenso de misericordia resonó bajo la amplia bóveda y sus alrededores.

Una segunda sacudida, más fuerte que la primera, hizo caer la cúpula del edificio, sepultando bajo ésta á gran número de personas.

Juan arrebató á María del sitio en que se hallaba, transida de espanto é inmóvil.

Mas al salir, como el tropel de gente que quería salvarse obstruía la puerta de la iglesia, María perdió el sentido. Juan la tomó en brazos y con una energía eléctrica rompió con su preciosa carga por entre la muchedumbre.

Y la evasión fué oportunísima, porque al salir al atrio de la iglesia, el coro se vino abajo, haciendo infinidad de víctimas.

Tercera, cuarta y quinta sacudida sísmica se sucedieron con inter-

valos de segundos, y el grito despavorido y enorme de la ciudad entera se confundió con el terremoto destructor de los edificios, torres de iglesias que se desmoronaban sobre otras ruinas que encontraban en el camino, surgiendo por todos lados peligros y horrores. Desde la cima de las colinas sobre que está edificada Lisboa, se precipitaban casas, palacios y templos.

Para aumentar el horror del extrago, el pueblo que se aglomeraba en el Rocio y en las calles que desembocaban en la Rua Nueva, vió elevarse el nivel del Tajo á la altura de una montaña y adelantar hacia la población, como si quisiese tragárselo todo.

Redobláronse los gritos y la confusión; y el Tajo recogióse de nuevo á su lecho, pero arrastrando consigo millares y millares de cadáveres que encontró en el tránsito de su esparcimiento mortal.

Las corporaciones religiosas y colegiadas... ó mejor dicho, los miembros que de ellas lograron salvarse, traian consigo los vasos sagrados y reliquias venerandas, lanzando clamores de misericordia.

Desde el atrio del Colegio de San Antonio el hijo del casero, con María en los brazos, vió desplomarse la casa donde moraban.

Cuando la joven volvió en sí, Lisboa estaba en la calle, y la parte de población que pudo salvarse, corría hacia las alturas de la malparada ciudad y hacia las afueras.

Campo de Santa Ana, Santa Bárbara, Rato, Campo Grande, Campo Pequeño, eran los lugares adonde iban afluyendo los restos vivos de la populosa ciudad.

Sacerdotes animosos consolaban al pueblo con palabras de religión.

Los dos amantes corrieron hacia el Campo de Santa Ana, que entonces estaba unido al Campo de Curral.

Al anochecer, miraron para el lado del Rocío, y vieron un resplandor inmenso. Era el fuego que se declaraba, no sólo en dicho sitio, sino en casi todos los barrios de Lisboa, que destruía lo que el terremoto había dejado en pie.

Sobre los árboles que había en el Campo de Curral y en el de Santa Ana, se tendieron á prisa unos toldos. Los más robustos tragearon piedras y sobre éstas se sentaron más de doscientos sacerdotes, que atendían á la confesión de los atemorizados ciudadanos.

Los continuos temblores de tierra, que duraron todo el día, persuadieron á los circunstantes de que el juicio final estaba próximo.

Además de esto, el terreno abierto en profundas grietas en varias partes y el terror general que aumentaba lo que no necesitaba aumento para ser grande, arraigaban tal convicción.

Los que se levantaban absueltos, iban en seguida á comulgar.

—Juan,—decía la aristócrata enamorada,—estamos bien castigados, tú por obedecerme y favorecer la fuga de casa de mi padre; y yo por huir é inducirte á este crimen. Preparémonos á morir confesándonos.

Arrodilláronse junto á dos sacerdotes y confesaron sus culpas.

¡Cuán grande es la religión siempre, y sobre todo en estos lances terribles en que la misericordia es el único consuelo!

Al acabar de comulgar oyeron unos gritos.

—¡Venga la Unción! ¡venga la Unción, que está aquí un hombre expirando!

El mismo sacerdote que les acababa de dar la comunión, marchó seguido de Juan y de María á ungir al moribundo.

Era D. Alvaro Pereira que salió herido de la casa en que habitaba, al derrumbarse, y sin hacer alto en la herida venía con el pueblo á ponerse en salvo en el campo de Santa Ana, á donde, falto de sangre, llegó casi exánime.

¡Imagínese el lector cómo quedaría la hija viendo al padre en aquel estado!

Prestáronle los socorros de la religión, y mientras su hija le sostenía la cabeza, Juan buscaba en aquel inmenso gentío un cirujano. Al cabo de un gran rato lo encontró, y de los propios vestidos de María hicieronse vendas para atar las heridas del hidalgo.

La atemorizada joven, sentada en el suelo, con la cabeza y parte del cuerpo paterno sobre el regazo, procuraba reanimarlo y volverlo á la vida.

Su amante, á pesar del frío de la noche, se despojó de las prendas de vestir que la decencia le permitía y arropó á su amo.

Las lágrimas de estos dos infelices eran tan ardientes, y los gemidos tan profundos, que atraían la compasión, de quien necesitaba á su vez de lenitivos. Mas la caridad aparece siempre en esos grandes momentos en que la religión se enseñorea de los ánimos, é improvisando un abrigo para el desdichado D. Alvaro, lo hizo pasar la noche, velado por su hija y su criado.

A la madrugada, un poco reanimado, abrió los ojos y los fijó en María; pero los cerró en seguida.

Al abrirlos segunda vez, le dijo estas palabras:

—Te perdono porque estoy para dar cuentas á Dios; pero al menos no morir en pecado. Llamad á un sacerdote.

—Estoy pura, padre mío, y soy digna de tu bendición.

--Llamad á un sacerdote, he dicho.

Juan partió á buscarlo.

Vino el padre y con el testigo requeridos por D. Alvaro, y en el acto se celebró el casamiento de Juan y de María.

Al terminar la ceremonia, los dos esposos, que al pronto juzgaron aquello como un sueño en que no creían, fuéronse penetrando de la realidad de su buena estrella, é impulsados por un sentimiento de gratitud sin límites, se arrodillaron á los pies del hidalgo.

—Yo os bendigo, hijos míos. Cometisteis un gran pecado... mas así como Dios les perdonó, también yo os perdono, para que El se compadezca de mi alma.



Corría el año de 1759.

Habían, pues, transcurrido cuatro desde los sucesos referidos.

Por las calles de Alhucema de la quinta de Agualva, andaba un anciano venerando, conduciendo de la mano á una criatura de tres años, linda como un amorcillo, que cogía ramitos de aquella planta aromática para ofrecérselos al respetable señor.

Era un abuelo y una nieta.

Andando, andando, detuviéronse á orillas del lago en que María Pereira patinaba cuando niña.

En la margen del lago hallábase sentado otro anciano cuando don Alvaro llegó hasta él, al que dijo, viendo que á su presencia éste se incorporaba:

—No, no, siéntate Manuel, que ya no tienes edad para levantarte más que para el Santísimo. Y después... esta nuestra nieta casi nos hace parientes.

—Así es, mi señor; y ya que Dios así lo quiso, es lo mejor, como hecho por El; mas yo...

—Calla, Manuel, y no digas más que lo dicho. ¡Dios así lo quiso!

Juan y María, que venían tras el abuelo y la nieta, oyeron el diálogo de los viejos.

—¿Oyes, Juan, lo que dice mi padre?... Que Dios así lo quiso. Es verdad; más si no hubiese sido por el terremoto...

—Silencio, María, que nos pueden oír.

La pequeñita dirigió sus pasos para el lado de unas ruinas, que parecían de casa grande, caída ó demolida.

—No vayas para ahí, Juana,—ordenóle D. Alvaro un tanto sombrío.—Hasta ahí nadie llega.

Era el palacio de donde María había huído...

La madre corrió tras la niña, y cogiéndola en sus brazos, vino á depositarla en los del abuelo.

—Os digo, en verdad, que me siento con ganas de comer hoy aquí. ¡Está un día tan hermosol... Sí, sí, traigan aquí la comida.

La mesa se puso y la comida vino, pero el hidalgo, apercebido, dijo:

—Aquí falta un cubierto. Traigánlo.

Trajeron el cubierto.

Manuel Viejo iba á levantarse.

—Sientate, Mannel; sientate al pié de tu hijo. Un padre nunca está mal donde está el hijo. Después de todo, le debo la vida... y su padre debe compartir con él mi agradecimiento.

Juan y María besaron las manos de D. Alvaro.

Manuel Viejo se sentó á la mesa, mas comió poco y con el natural encogimiento.

Terminada la comida, y al dar gracias á Dios, la encantadora criatura, que estaba cerca de un olivo, cogió un ramo de éste, que yacía en el suelo, y como tenía la costumbre de ofrecer á su abuelito los de Alhucema, le ofreció el de oliva con seductora inocencia.

D. Alvaro lo tomó, y presentándoselo á todos, murmuró:

—El símbolo de la paz. Este llega siempre con oportunidad.

La niña anduvo de unos para otros... y ya no llegó á tener cara para recibir tanto beso como le prodigaron.

Por la traducción,

ANTONIO G. DE SANDOVAL

LA MUJER

Tú alegras la existencia; son divinos
los goces del amor que tú atesoras;
de la dicha inefable los caminos
siempre prosigues porque el bien adoras.

Tú eres noble promesa; la soñada
dulce ilusión del que por tí delira;
y eres la inspiración pura y sagrada
que hace mover las cuerdas de la lira.

Tú llenas el hogar de esos fulgores
que le otorgan las galas de tu encanto
cuando al niño feliz de tus amores
duermes diciendo tu divino canto.

Tú te distancias, sí; de aquellas malas
pasiones que al nacer no brotan puras
como ángel bello, cuyas firmes alas
tiende hacia las empíricas alturas

Tienes la castidad; con las preseas
de la virtud que el alma te ennoblece;
porque el Señor dispuso que así seas
el iris del amor que resplandece.

Y has de ser con la gracia immaculada
como una santa y fervorosa egida;
dice tu frente de fulgor nimbada
el inmortal poema de la vida.

Te infaman ¡oh mujer! pues hay autores
que te llenan de lodo en sus escritos;
mas son, en vez de nobles pensadores
seres corruptos y á la vez precitos.

Deja que desde aquí mi afán profundo
de rosas níveas tu camino alfombre;
porque tú, con tu amor casto y fecundo
puedes hacer la redención del hombre.

ENRIQUE VÁZQUEZ DE ALDANA.

GENEALOGÍAS EXTREMEÑAS

(De un manuscrito de Pedro Maldonado Barrantes.)

(Continuación.)



La tercera hija casó también en Cáceres con Juan Jiménez de Figueroa, que se llamó D.^a Catalina Flores de Paredes y de éstos provienen los Figueroas de Cáceres y otras partes.

La cuarta que se llamó D.^a Elvira Gutiérrez Florez de Paredes, casó en Brozas con el Capitán García Alvarez de Villa Gutiérrez y de éstos proviene el Conde de Canilleros según tengo noticias, no por papeles que haya visto. El hermano de las cuatro señoras referidas, que se llamó Alonso Gutiérrez Florez y como su abuelo materno Alonso Martín Tejado de Paredes, pues con estos apellidos lo he visto en instrumentos, casó con D.^a María Bravo de Paredes y á éstos se les cuentan cinco hijos, que el primero y que llevó la casa que se llamó Gonzalo Gutiérrez Florez, casó con D.^a Ana Rodríguez Muñoz, de los que se dirá su descendencia y ahora del segundo que se llamó Juan Gutiérrez Florez, que murió sin sucesión siendo Consejero de Órdenes.

El tercero fué Alonso Gutiérrez Florez que casó con Teresa de Escobar Jiménez de Figueroa, y de éstos provienen el Vizconde de Peñaparda y otros. El cuarto se llamó Pedro Gutiérrez Florez que casó en Alcántara con Inés de Brazeros, hermana del Comendador de Ceclavín, y de estos vienen los Señores de Casas Viejas, que heredó por hembra el Marqués de la Encomienda, vecino de Almendralejo. El quinto se llamó Rodrigo Gutiérrez Florez que también casó en Alcántara con D.^a Francisca de Obando y de éstos proviene la Varonía de D. Matías Florez y su hijo D. Gonzalo Florez, último de esta Varonía que murió sin sucesión establecido en Brozas como se dirá.

Pues el primogénito que llevó la casa y casó con D.^a Ana Redríguez Muñoz, se le cuentan dos hijos: el primero que llevó la casa y se llamó Gonzalo Gutiérrez Salgado, y el segundo fué Frey D. Pedro Gutiérrez Florez, Sacristán mayor y Capitán de honor del Señor Emperador Carlos V, que consiguió las Bulas y gracia del Señor Emperador para la fundación del convento de San Pedro de esta villa, para religiosas de su Orden como ya queda referido.

Referido Gonzalo Gutiérrez Salgado Florez, primogénito, no he visto documento que me haya dado luz para saber con quién se casó, ni que tuviese más de un hijo que se llamó Pedro Gutiérrez Florez, que fué el primero. Patrono del convento de monjas del Señor San Pedro, el que casó en Cáceres con D.^a Juana Mesía y Obando, y tuvieron dos hijos que el primero se llamó D. Gonzalo Gutiérrez Florez y el segundo D. Diego Mesía y Obando, que tomó los apellidos maternos y se dirá adelante de su descendencia, y ahora de la de Gonzalo Gutiérrez que casó en Cáceres con D.^a Micaela de Pereda y Pantoja, los que tuvieron tres hijas: la primera, casó con el Capitán de Caballos D. Rodrigo Florez y se llamó D.^a Micaela Florez, de los que se dirá luego, y la segunda casó en Jerez de la Frontera con un caballero de apellido de Dávila y Villavicencio, y la tercera casó en Segovia con otro del apellido de Arévalo y Suazo y por esta rama proviene el Conde de Encinas, y por la de Andalucía el Conde de Monte Gill de quien se dirá luego como también del Conde de Encinas.

El Capitán D. Rodrigo Florez que de Corregidor de Cáceres pasó á serlo de Jerez de la Frontera, donde murió de vuelta de su Gobierno y Capitán General de la Isla de Cuba y puesto de la Habana, tuvo solo un hijo del que se dirá luego y ahora tres hijas que la primera que se llamó D.^a Inés Florez, casó en Mérida con un caballero del apellido de Bargas, Señor de la Higuera, y la segunda que también casó en Mérida y se llamó D.^a Luisa Florez con un hermano del que casó con D.^a Inés, tuvieron dos hijos y una hija que llaman D. Josef de Vargas y Florez, que se hallaba viuda de D. Diego de Cáceres Obando, de quien tuvo á D. Juan de Obando, que casó con la Condesa de Encinas y es el Marqués del Reino que se ha dicho; otro hijo que llaman don Pedro de Bargas sin estado y una hija que el día de hoy está viuda de D. Francisco de Obando Castejón y Carvajal, de quien le quedaron dos hijas y un hijo que está sin estado, y la primera está tratada de casar con D. Antonio Vicente de Arze de quien se dirá luego, y habiendo quedado el padre de esta señorita D. Francisco de Obando pendiente de pleito sobre el marquesado de Camarena con su primo

D. Vicente de Obando y Solís que al presente se halla de gobernador de Badajoz con el grado de Teniente General, en vista y revista se dió sentencia en favor de los sucesores de dicho D. Francisco de Obando.

De los hijos de D.^a Luisa que el segundo murió sin estado, el primero que llamaron D. Baltasar de Bargas y heredó al tío Señor de la Higuera, y sirviendo en Palacio murió de Mayordomo de semana y el Señor D. Felipe V le hizo la gracia y merced de Conde con la nominación de los Cobos; casó en Madrid con D.^a Francisca de Cañas única hija de D. Apóstol de Cañas, que murió de Cano del Real Consejo de Castilla y era hermano del Duque del Parque y de diferentes hijos que le quedaron á D.^a Francisca de Cañas, el primero y que lleva la casa y tiene lo de su padre de Conde de los Cobos, casó con D.^a Josefa Pacheco y Córdoba, hija de D. Luis Pacheco marqués de las Sirgadas y de N.^a Mariana de Córdoba, hermana del Conde de Bornos, no tiene sucesión.

La tercera hija que se llamó D.^a Manuela Florez que casó con don Antonio del Barco Palomeque, que solo tuvieron á la Excmá. Sra. doña Benita del Barco y Florez queda ya dicho en la casa de los Cabrerias, y el hijo que se llamó D. Gonzalo Florez casó en Mérida con doña Luisa de Bargas y Carvajal única de su casa, y tuvieron un hijo y cuatro hijas que todas se casaron. La primera que llamaron D.^a Micaela, casó en Jerez de la Frontera con su tío el Conde de Montegil D. Bartolomé Dávila y Florez, no tuvieron sucesión. La segunda que llamaron D.^a Catalina, casó en Plasencia con D. Alonso Loaysa y Vera, de quien nació una hija que casó con el Conde de Encinas y éstos tuvieron también una hija única que fué la que casó con D. Juan de Obando marqués Reino. La tercera que llamaron D.^a Juana Florez, casó en Alcántara con D. Juan Pérez y éstos tuvieron un hijo y una hija que casó con un Capitán que llaman D. Bruno de San Martín, el que graduado de Teniente coronel se halla sargento mayor del Regimiento de Bravante; el hijo que se llamó D. Manuel Perero, casó con D.^a Teresa del Barco y muertos quedaron un hijo que por amores casó en Mérida con una hija de un regidor llamado D. Fernando de la Vera y D.^a Catalina Pantoja, este casamiento fué á disgusto de todos sus parientes, aunque por parte de padre y de madre, son muy distinguidos. La quinta llamada D.^a Bernardina, también casó en Alcántara con D. Antonio Florez Bazargue, no tuvieron hijos por lo que heredó el Señorío de Casas Viejas el Marqués de la Encomienda.

A mas de las cuatro hijas referidas, tuvieron otra que fué la tercera y no se tuvo presente al tiempo que se debía en esta rela-

ción; esta se llamó D.^a Inés Flores que también casó, antes que las otras dos hermanas en Alcántara con D. Alonso Barrantes Manuel de Aragón, tuvieron un hijo que se llamó D. Pedro Barrantes el que casó en Valencia, con hija 2.^a de D. Diego de Cuellar y Barrantes y D.^a Josefa Chumacero y aunque estaba emparentada con los padres, no fué menester dispensación; de su casamiento nacieron tres hijos, dos hijas que en el día son religiosas profesas en el convento de Sancti Spíritus de Alcántara, y el hijo casó en Alburquerque y hoy vive en Alcántara y tiene sucesión.

El hijo de D. Gonzalo Flores y D.^a Luisa de Bargas, hermano de las cinco referidas, llamaron D. Matías Flores y aunque tuvo muchos hijos y los cuatro llegaron á tomar estado solo hay sucesión en dos hijas que la una que llaman D.^a Luisa que es la segunda, casó en Cáceres con Juan de Ulloa y Carvajal de que hay sucesión y por falta de sucesión de D.^a María Gregoria, casóla con D. Vicente de Vera y Mozuma, que la primera sucederá y heredará la casa de D. Matías Flores y de su madre D.^a Francisca de Chaves, natural de Trujillo, juntando de renta de doce á trece mil ducados que hoy tiene y posee por su mujer dicha D. Vicente de Vera. La tercera hija de D. Matías Flores y de D.^a Francisca de Chaves, D.^a Violante que viuda de su tío don Alvaro de Hinojosa y Chaves hermano de su mujer, casó con D. Gonzalo de Carvajal y Roco, viudo de la marquesa de Santa Cruz, de quien aunque tuvo hijos, se le mantuvieron sin estado y hoy los tiene de dicha D.^a Violante, y vamos á la segunda línea y sucesión de Pedro Gutiérrez Flores.

El segundo hijo como está dicho fué D. Diego Mesía y Obando el que tomó los apellidos de su madre, fué casado dos veces, y la primera que no tuvo sucesión; en la segunda casó en Ciudad Rodrigo con D.^a Juana Fernández de Caravea, de quien diré su ascendencia por los documentos que se hallaran en mi escritorio; por su línea materna fué D.^a Juana Fernández de Caraveo hija de D. Antonio Fernández de Caraveo y de D.^a Isabel Vázquez Dávila y Pape, hija de Cristóbal Vázquez Dávila, Gobernador de Tujen y Gobernador general de las galeras de España y Nápoles, que casó con D.^a María Pape de nación flamenca, y Teniente general de los ejércitos; el Cristóbal Vázquez Dávila, era hijo de otro de su mismo nombre y apellido, que casó en Plasencia con D.^a Catalina Manzanos y Carvajal y el marido de esta villa D. Cristóbal Vázquez Dávila, fué hijo de Juan Fernández Vázquez Dávila Señor de Arroyo del Puerco, Casar, Gallegos y Vela Muñoz, que casó con D.^a María de la Cueva y Ontiveros; el Juan Vázquez

Dávila era hijo de Iñigo Vázquez Dávila que casó con Juana de la Esquina; referido Iñigo era hijo de Juan Vázquez Dávila, Señor de San Román y Villanueva, teniendo hoy el Señorío de estos lugares los marqueses de Vela, por provenir de hermano mayor; dicho Juan Vázquez Dávila era hijo de Juan Vazquez Dávila, Señor de Navalmorquente, villa muy cordial que fué de los ricos homes de Castilla, gozando su línea primogénita el día de hoy de los honores de Grande de España, no diciendo de estos dos últimos quiénes fueron sus mujeres, lo que bastante se tiene por cierto fueron de las más ilustres del reino, dichas rentas y casa de los Fernández de Caraveo, de Ciudad Rodrigo, ha recaído en la de Nieto de Salamanca hoy Condes de Monterrol. Los hijos de D. Diego Mesía y D.^a Juana de Caraveo, fueron cuatro, una hija y tres hijos, que el mayor que se llamó Gonzalo, murió sin estado, y el mayor que se llamó D. Tomás Gutiérrez Flores, casó con doña María de Ulloa, de quien se dirán luego sus padres y abuelos cuando se diga de la hija que casó con D. Sancho de Ulloa hermano de la doña María, que tuvo de su casamiento un hijo que se llamó D. Pedro Gutiérrez Flores y Ulloa que casó en Valencia de Alcántara con doña Inés de Alba, de quien tuvo otro hijo que también se llamó Pedro que casado con D.^a Mariana Palomeque, murieron uno y otro sin sucesión por lo que se extinguió la varonía en esta segunda línea de los Flores de esta villa como la primera, pues aunque el segundo hijo de D. Diego Mesía y Obando y D.^a Juana de Caraveo que llamaron D. Pedro casó con D.^a Isabel de Rivera, no tuvieron sino una hija que llamaron Juana como su abuela, y casó con D. Fabián Chumacero; de este matrimonio hubo dos hijas y un hijo que se llamó D. Diego Chumacero, el que casado con una viuda rica, solo tubo una hija que casó con don D. Matías Cornejo de Paz, natural de Salamanca, y muerto el marido sin sucesión vive viuda y heredera de las rentas vinculadas de don Diego Mesía y Obando; de las hijas, la segunda casó con D. Diego de Cuéllar y Barrantes, que llamaron D.^a Josefa Chumacero, los que tuvieron tres hijas que la primera que se llamó María, casó con D. Gaspar Verriz, natural del Montijo y avecindado en Alburquerque, los que tienen larga sucesión; lo segunda casó con D. Pedro Barrantes que ya se dijo; y la tercera vive con su madre en Valencia, donde murieron y se criaron; y la primera de D. Fabián Chumacero y D.^a Juana de Caraveo, casó con un caballero Gallego que llamaban D. Blas Pestaña, los que tuvieron dos hijos y dos hijas y habiendo muerto entrambos sin sucesión sirviendo al Rey el mayor, graduado de Brigadier y Presidente de las Charcas. Y el segundo de Gogernador también en

Indias en la provincia del Río de la Acha. Las dos hijas, que la primera se llamó D.^a María Costanza, casó por amores con un oficial del Regimiento de Murcia en Vigo, donde estaba de guarnición, hijo de un Capitán natural de Alburquerque, llamado D. Pedro Botello, donde viuda se retiró muerto el marido con dos hijas que la primera llamada D.^a Josefa Botello y Pestaña, casó con D. Juan del Manzano viudo de D.^a Tomasa de Ulloa, de quien hay una larga sucesión, habiendo heredado lo de Galicia, esperan heredar lo que si goza su tía D.^a Juana Chumacero viuda de Cornejo, tanto en Valencia como en Brozas. La segunda hija de D.^a María Costanza se llama D.^a Inés, la que casó en Galicia, sin saber tenga sucesión. La segunda hija de D. Blas Pestaña y D.^a Isabel Chumacero que llaman D.^a Angela Pestaña, casó en Salamanca con D. Félix Cornejo, ya anciano en vista de no tener sucesión su hijo D. Matías casado como está dicho con prima hsrmana de dicha D.^a Angela.

(Se continuará).

DIPLOMÁTICA REGIONAL

DONACIÓN QUE HIZO EL REY DON FERNANDO DE LEÓN Y SU HIJO EL REY DON ALFONSO, A PEDRO ARIAS, PRIOR DEL HOSPITAL DE SAN JUAN, DEL CASTILLO DE TREVEJO, CON TODOS SUS TÉRMINOS, PERFECTAMENTE DELINDADOS, EN 13 DE MARZO DE 1222.

El Alvalá ó Privilegio, se firmó sobre el cerco de Cáceres, ocupada entonces por los Moros.

Este precioso é importante documento, fué hallado por D. Pedro Vidal Hernández, en Zamora, entre varios papeles que servían para envoltorios en una botica en 1847, el cual se halla en poder de su sobrino, quien lo copia literalmente.

«En el nombre de nuestro Señor Jesuchristo amen, al principe Cathólico le conbiene amar y honrrar los Lugares Santos y las personas religiosas g segunt los meritos dellas las deven de favoreszer en su derecho y enriquezerlas. Con tan anplios dones. Como azpliarlas Con largos Benefizios porque dando los Vienes temporales puedan alcanzar la vien aventuranza—Por tanto yo Don hernando rei juntamente com mi hijo el rei Don Alfonso por escripto de Donacion siempre valedero doi y conzedo al Sr. del hospital de San Juan y a vos mi amado Don Pedro de arias por España Prior. e, atodos buestros subzesores y ermanos de Jerusalem que sienpre Sirben a los pobres de Jesuxpto. el mi Castillo de Trevejo el cual esta entre monsanto y entre alcantara y Coria Con todas sus derechuras y pertenenzias por sus therminos Conbiene a saber por la Caveza de Xalama y por la Caveza del Castañal asi como el agua cae en elxa y la mesma agua de elxa. Corre arriba y buelbe arriva por balvellido a la caveza de tiguallas y de ai por la sierra a la eaveza de monbaron y ba a garganta bieja. y va en-derecho arriva y a la misma caveza de Xalama arriva nonorada doi e por todos sus therminos grandes. y pequeños. nuevos y antiguos (hay una línea ininteligible) Como los que tocare La voz del ospital diszernir pudieredes y hallaredes libró tambien a vos este Casthillo de toda voz e potestad real e que desde aqueste dia os conbenga azer deaquel Castillo buestro querer ansi. Como de las otras heredades y en Cartaziones que mejor teneis, y mas libremente poseis. quanto y no me nos esta donacion a vos que ninguno En todas las cosas Contra vos os la puedan ynpedir ne de ai ninguna cosa quitar

»ni enagenar y estas cosas vos doi por remedio de mi anima y de mis
 »padres y de Consejo y boluntad de los nobles de mi corte por el
 »vuen Seruizio que al Señor azeis continuamente cuya parte con este
 »don deseo merezer—Por tanto Si alguno ansi de nuestro linage como
 »del axeno este mi espontaneo echo tentare quebrantar yncorra la ira
 »de Dios y la Dinacion real y con judas entregador del Señor y con
 »datan yabiron a los quales bibos los sorbio la tierra. sea dañado en
 »el ynfierno y por su temeraria osadia todo lo que tomare o acome-
 »tiere lo buelva con el quatro tanto *vobis-rregie 2^m ra^e morb inpenam*
 »*persolbat* y porque esto sea sienpre tenido por firme y concursum el
 »presente Scripto mande acer fortalecido ansi. con mi fuerza rreal co-
 »mo con las firmas de mis nobles echa la carta en el cerco de Cazeres
 »trece dias de el mes, de el mes de marzo era mill y doszientos y
 »beinte y dos años reinando el rrei Don hernando Juntamente con mi
 »hijo el rrei Don Alfonso este Scripto que mande fazer con mi propia
 »fuerza. Lo confirma Pedro Arzobispo. De la Santa y Glesia de Com-
 »postella—Lo confirma Manloens Obispo de leon—Lo confirma rodri-
 »go obpo de Obiedo—Lo confirma hernando Obispo de Astorga—lo
 »confirma Berreli Obpo de Zamora—lo confirma Vistalis Obpo de Sa-
 »lamanca—rodrigo obispo de Lugo lo confirma—Alfonso obpo de
 »axien (1) confirma—beltrando obpo de Tuy confirma—Pedro Obpo
 »de Ciudad Rodrigo confirma (2)—arenaldo obispo de Coria confirma
 »—yo hernando roderico Castellano Gobernador en Asturias El conde
 »Guzman. Gonzalez Señor. en Toro nio—Trastamara Monterroso y
 »montenegro confirman—El conde Alonso Cam. etim bergido confir-
 »firma—rodrigo hernandez Brao lo rregise sign'ficante—gutierre ro-
 »derico confirme—pelagius Sub rroderi confirmant fernandus setr. de
 »de Caldedellar confirmat—magister fernandus de la caballeria de San-
 »thiago—guido maestre de los caballeros de el Tenplo. petens. placet.
 »significatn. dictus. confirmat—ynimo. placet. submaiordomo rregis.
 »confirmat—Vacat. maiordomus rregis et ego bernardus magister dic-
 »tus dñi rregis. ferdinandi. notarius. de manus dñi. senbelerregis can-
 »cellari. Scripsi. et confirma.»

Copiado sin la menor alteración ortográfica y signos de dicción.
 San Martín de Trevejo 30 de Septiembre de 1910.

JOSÉ LÓPEZ VIDAL

(1) Es Osma.

(2) Este prelado al ser conducido su cadáver desde palacio á la catedral, resucitó por intercesión de San Francisco de Asis, falleciendo segunda vez á los dos meses; sobre su sepulcro en aquella, hay una pintura en lienzo que representa dicho suceso, cuyo cuadro de gran tamaño se conserva en muy buén estado. Le sobrevivió su madre de 116 años de edad que habitaba en su compañía.

EMERITENSE

I



MAHO lector: Ya es hora de que hable en estas páginas de las excavaciones recién comenzadas en Mérida, la famosa *Colonia Augusta Emérita*, la opulenta capital de la Lusitania y de cierto la ciudad más importante que los romanos tuvieron en nuestra Península. Así lo atestiguan todavía los arruinados acueductos y los enormes pantanos, obras gigantescas para abastecimiento de la población y riego de la campiña; la red de cloacas de saneamiento que cruza el subsuelo urbano; los magníficos puentes por donde las calzadas confluían á centro tan principal; las ruinas, en fin, de soberbias construcciones, como son las murallas, los templos, el arco llamado de Trajano, el circo, el anfiteatro ó naumaquia y el teatro, sin contar interesantes inscripciones, preciosos mármoles, capiteles, frisos y estatuas, bellos mosaicos y objetos de todo género, descubiertos por azar, algunos de ellos recogidos en el Museo local.

De todo ello hablé tiempo hace en estas páginas, y repetidamente encarecí la necesidad de desenterrar los mejores de esos magníficos monumentos, que, con mengua de su mérito, solamente sus restos despedazados y vejados por la ignorancia y el olvido vergonzoso de muchas generaciones, sobresalen en las tierras de labor, donde la reja del arado suele herir alguna de dichas inscripciones, que son páginas históricas, ó algunos de esos bellos mármoles que atestiguan las pasadas grandezas de una ciudad casi olvidada de si misma.

Ante espectáculo tan triste recordé con pena en mi primera visita á Mérida lo que en 1752 dijo Mr. Juan Willampson, embajador de Inglaterra en Lisboa, cuando vió tales ruinas, pues según referencia de Ponz «no dudó de asegurar repetidas veces, que Mérida era un segundo Herculano; y que si el rey de España (era el Sr. Fernando VI) supiese bien lo que aquí había, haría sin duda lo que el rey de Nápoles en el Herculano.»

Era doloroso; pero más de medio siglo había pasado sin que se

emprendiera la obra de cultura, con tales palabras reclamada por un extranjero, pues los sondeos más bien que excavaciones practicadas en el Teatro Romano primeramente en 1794 á 1795, por D. Manuel Villena, anticuario portugués, comisionado por su gobierno (para vergüenza nuestra), y últimamente, en 1888, por un entusiasta, D. Pedro María Plano, á quien se debe la moderna publicación de las *Historias de Mérida*, y por D. Manuel Gutiérrez, ambos de la subcomisión de Monumentos, no dieron el apetecido resultado de dejar al descubierto tan magnífico edificio, pues otra vez lo cubrió la tierra, para en ella continuar los trabajos agrícolas.

Insistí en mi demanda, y tuve la suerte de que hallara eco en un hombre político ilustre, el señor conde de Romanones, que, siendo ministro de Instrucción pública, este mismo año, asignó una modesta suma de los presupuestos del Estado para que fueran comenzadas las excavaciones de Mérida y me honró con el encargo de dirigirlas.

Entre los indicados monumentos, el Teatro Romano, dos veces explorado parcialmente, según dejo dicho, era el que reclamaba, por su importancia, atención preferente, y por él hemos comenzado los trabajos; y hablo en plural, porque he considerado deber mío asociar á ellos el utilísimo concurso de la subcomisión de Monumentos, cuyos individuos D. Juan Grajera, el ya nombrado D. Manuel Gutiérrez, don Casimiro González, D. Alfredo Pulido y D. Maximiliano Macías, han prestado con sus conocimientos y su entusiasmo, eficaz auxilio á esa obra de cultura nacional.

Expropiada la parcela de tierra laborable en que pareció conveniente practicar las excavaciones, fueron éstas planteadas desde el extremo derecho de la parte visible del monumento hasta el centro del mismo.

Mes y medio ha durado la penosa tarea de extracción de tierras, cuyo total es de 3.274 metros cúbicos; lo que ha permitido en una zanja de unos 25^m por 40^m y 7^m 10 de profundidad, descubrir una hermosa galería abovedada, que volviendo en ángulo recto hacia el centro del medio punto (pues tal es la típica forma de los teatros romanos) sale al hemiciclo libre (*orchestra*) que deja la gradería destinada á los espectadores; descubrir un mediano sector de esta gradería, que consta de veinticuatro gradas y una de sus puertas (*vomitorium*), y descubrir, en fin, la escena, la línea de su proscenio y buena parte de la soberbia columnata que la embellecía, compuesta de fustes monolitos, de marmol gris veteado, de 4^m, 83 de longitud, capiteles y bases de marmol blanco, más numerosos trozos de cornisa, todos estos restos

tan admirables por la gallardía de las formas como por la maestría y fineza del trabajo.

Trozos sueltos, de estatuas, que decoraron sin duda la escena, el costado en forma de esfinge de la silla presidencial del cónsul y otros mármoles labrados, son los hallazgos que, con los anteriores, revelan la riqueza del monumento.

Pero el mejor hallazgo es un gran sillar de granito, que sirvió de coronación al arco de salida de la dicha galería y que salvo algunos deterioros de la moldura de su frente, ha salido entero, á pesar de estar caído entre los escombros de una parte hundida de dicha construcción. El mérito de este sillar, aparte sus dimensiones, de 4^m, 50 de longitud y 0,70 de espesor, es que en el neto, perfilado con las molduras, lleva grabada, en hermosos caracteres augusteos, todavía pintados de rojo, como era costumbre para hacerlos resaltar, esta inscripción, referente á la fundación del teatro:

M-AGRIPPA-L-F-COS-III-TRIB-POT

Este magnífico epígrafe, con admirable laconismo latino, nos hace saber que aquella suntuosa fábrica es debida al famoso Marco Agripa, y que la hizo hacer cuando ejercía por tercera vez el consulado y la potestad tribunicia, fecha que corresponde al año 16 antes de J. C.

Por lo dicho parecerá mucho lo descubierto, y sin embargo, falta muchísimo. Pero lo conseguido es suficiente para que sea posible darse cuenta en líneas generales de la disposición y del lujo del *teatro emeritense*, digno de Roma.

Fructuosas, pues, han sido las excavaciones, que hacen guardar con impaciencia las del año próximo, para las que ya se ha consignado cantidad en los presupuestos del Estado.

Lo expuesto acaso no basta para dar idea del monumento en su grandioso conjunto y bellos detalles. Quédese la descripción de ellos para otro artículo.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

(De *Las Noticias*, 12 Noviembre, 1910.)

Mérida, Noviembre de 1910.



CRÓNICA REGIONAL

Celebróse en el mes pasado solemnemente en la risueña ciudad de los Trovadores, en la *gaya Toulouse*, el anunciado Congreso interna-

cional del *turismo*, con asistencia de representantes de Madrid, Burgos y Salamanca, ciudades las dos últimas que no por históricas, dejan de mirar al porvenir, fomentando la riqueza que atesoran. De Extremadura, que encierra en su seno á GUADALUPE, MÉRIDA, ALCÁNTARA y YUSTE, por no citar más que lo realmente culminante, no solamente no concurrió nadie, sino que según costumbre, tampoco hubo personas que de ello se ocupara.

Hace algún tiempo que VICENTE PARÉDES, en estas páginas invitó á la formación de una Sociedad Extremeña de excursiones, que á semejanza de sus congéneres la Española, la Castellana y Catalana, promovieron el amor á las glorias nacionales; estudiándolas y dándolas á conocer, para que fueran más amadas y apreciadas. La idea cayó en el vacío y eso que la vida de esas Sociedades es tan sencilla, que ni reglamento tienen: la única obligación del socio es la suscripción al Boletín, que aquí pudiera excusarse, pues la REVISTA ofrece desde luego sus columnas; acordada la excursión y formando el plano y presupuesto, anunciara el día y van los que se presentan á la hora señalada y pagan en aquel acto la cuota previa de donde han de salir los gastos comunes del transporte y hospedaje. Realizada la excursión, el cronista que es elegido durante ella, redacta la reseña; y el Tesorero también designado para cada vez, antes de separarse rinde la cuenta y hasta otra.

Ya ven mis queridos lectores, como si no tenemos Sociedad de Excursiones es porque no queremos; yo de mí sé decir, que me considero ya socio; ¿no habrá siquiera una docena de personas que se nos unan? Pues manos á la obra y vamos allá.

¿A dónde, dirán ustedes? pues á ver el famoso PUENTE DE ALCÁNTARA y las monumentales ruinas de SAN BENITO y de paso á admirar en el Arroyo del Puerco los cuadros de MORALES y en Brozas su hermosa parroquia de Santa María, la más artística de la diócesis caurienense; á GUADALUPE, visitando al pasar á la histórica y simpática ciudad de Trujillo; á Plasencia, la benéfica, con sus dos catedrales acopladas, muestra la una del goticismo castellano del siglo XIV y la otra del flamboyant que concluye y el plateresco que amanece; á Mérida la augusta, la Roma Española, donde se han comenzado poco ha con tanto acierto las excavaciones, que han de resucitar tantos monumentos envueltos en el polvoriento sudario de los siglos.

Después, vendría como añadidura, el establecimiento del circuito del turismo extremeño, con la mejora de los hospedajes, que traería por aquí la caudalosa corriente del automolismo, que es para los pueblos movimiento, vida, dinero, y con ello el bienestar de esta tierra ignota, hasta para sus únicos hijos. Todo esto es hacedero y fácil, lo tenemos á nuestro alcance.

Querer es poder.

¿Lo querremos?

Cálamo Corrente.